ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA HERENCIA

*María Virginia Jaua**

*A Julián Meza –nómada y heredero–
desde el primer día, mi maestro.*

Dicen que cuando Catalina de Médicis —esa reina aficionada a las artes y a las ciencias, célebre por su fallido trabajo como mediadora en el umbral de una de las más cruentas masacres religiosas— supo por intermediación de su astrólogo, que moriría junto a San Germán, mudó la residencia real del Louvre y se hizo construir un palacio lo suficientemente alejado de la basílica gótica dedicada al santo de Auxerre. Es posible que lo haya hecho impulsada por el humano, tan humano, anhelo del *durar*...

De ese palacio hoy sólo queda una torre, un observatorio astronómico olvidado y oculto, que ya nadie visita: no se encuentra entre las principales atracciones de la ciudad luz y no funciona para lo que inicialmente fue construido: contemplar *la noche*, ver *más allá*.

Esa torre en la que antiguamente se asomaba a mirar el cielo estrellado una de las reinas más célebres de Francia, a la que algunos creían bruja, hoy sólo sirve como base para unas cámaras de vigilancia que apuntan a la boca de unas escaleras mecánicas que conducen de ida y vuelta a los cinéfilos hacia alguna de las numerosas salas de proyección que se encuentran bajo tierra, y por qué no, también a los vagabundos y *clochards* que gravitan en las inmediaciones de Les Halles.

Habrà quien piense que la nobleza de la torre erigida como observatorio se ha venido abajo con el progresivo abandono de los amantes

* Escritora.

MARÍA VIRGINIA JAUA

de la ciencia y su posterior uso de tripié para las cámaras de vigilancia. Sin embargo, recordemos una máxima hermética “como es arriba es abajo, como es abajo es arriba”, obra de las maravillas del uno o del todo; o si se quiere un gesto con más desparpajo: qué más da mirar para arriba o mirar para abajo, si lo que importa es *mirar*.

Quizás por esa razón, el ser humano extiende y multiplica en todos los sentidos los dispositivos de la visión: lentes, objetivos, cámaras, telescopios, microscopios, miles de pantallas en cópula: en nuestro mundo actual parece que no todo piensa, pero todo ve... Sin embargo:

todo piensa y todo ve.

Más allá del indudable valor histórico y estético, la torre conserva el misterio, su abandono resulta comprensible, ya que hoy existen potentísimos telescopios, en muchos puntos de nuestro planeta e incluso fuera de él, dedicados a la tarea de escudriñar los rincones más alejados en la inmensidad del cosmos. Sabemos que en este mismo instante muchos de esos telescopios apuntan hacia un lugar del universo, hacia una galaxia más o menos cercana, en el que una estrella supernova está a punto de morir.

174 | Esos ojos ávidos, múltiples y potenciados por el avance de la tecnología, buscan captar el instante de la muerte de una estrella, arrancarle –en el momento en que ésta expire su último aliento–, el secreto de un *saber*.

Los científicos han descubierto que el morir de una supernova difiere del de una estrella común, la cual poco a poco va extinguiéndose; al contrario, las estrellas supermasivas ofrecen toda su luz, toda su materia, toda su energía en el instante de la muerte, que sucede acompañada por una impresionante explosión, que además da origen a otras constelaciones de planetas y estrellas. Eso ha dado a los científicos otra certeza: el universo *crece*.

Así, la muerte anunciada de esa estrella masiva provocará el nacimiento –en no se sabe cuántos miles de años– de muchos otros planetas como el nuestro y expulsará de sí los elementos necesarios para que eso que llamamos “vida” eventualmente surja. Es decir, de sí misma, la estrella será superviviente como polvo cósmico. Lo sabemos porque

nosotros mismos estamos hechos de los residuos de una antigua supernova. El hierro de la sangre que corre por nuestras venas, el calcio y el zinc que forma parte de nuestra composición, provienen del corazón de una estrella que —curiosamente—, al igual que un ser humano, cumplió un ciclo: nació, creció y murió, y sólo hasta mucho tiempo después, en su largo viaje por el espacio se *reprodujo*...

De esa constatación surge otra: somos la huella de una muerte, polvo y cenizas de algo que alguna vez brilló, pero que sin duda volverá a brillar. Quizás sin ser conscientes de ello, los astrofísicos que ahora apuntan sus telescopios parten de una intuición filosófica: “Vivir, por definición, no se aprende. Ni de uno mismo ni de la vida por la vida. Sólo del otro y por la muerte.” O incluso una que sostiene toda la filosofía de Occidente: “filosofar es aprender a morir”.

Si lo de arriba es como lo de abajo y lo de abajo como lo de arriba, todo en el cosmos aguarda el instante de la muerte y “sabe” que en la de una estrella también subyace “la oscura e incierta experiencia de la herencia” que es de lo que desde el principio habría querido hablar.

La herencia es algo incierto y en esa incertidumbre roza la experiencia del viaje, de la aventura, de la diáspora: ambos son contrarios a la “inmovilidad” del sedentario, otro de los nombres del propietario. Por ello, quizás el heredero se sabe en lo más íntimo un ser en tránsito, eternamente en fuga, como una estrella al hacer eclosión: no sólo él mismo está de paso, sino que con él lleva, “transporta” algo mucho más grande y mucho más antiguo y eterno, que no sólo le precede, sino que le sobrevivirá, aunque se ignore bajo qué forma.

La herencia es también un camino de ida y vuelta, entre el pasado que supone “lo que se hereda” y un futuro desconocido y promisorio de lo que se producirá a partir de ello. Y en ese momento, un millón de preguntas se agolpan: ¿Quién heredará? ¿Habrá acaso herederos? ¿Qué se hereda? ¿Somos concientes y responsables de nuestra herencia? Son algunas de las interrogantes que surgen ahora que todos nuestros ojos apuntan a la explosión de una estrella supernova que eclosionará en miles de millones de partículas y de la que esperamos con ansia una anticipación de su “legado”: la imagen de su eclosión.

MARÍA VIRGINIA JAUA

No podemos saberlo con certeza, quizás a lo sumo aventurar alguna imagen fatalista o promisoría, como las que a menudo se proyectan en las profundidades de una sala de cine y nos deleita consumir. Sin embargo, lo que sí podemos hacer es aceptar nuestra sola condición posible como herederos y legatarios: de seres nómadas y en tránsito, e implicarnos como lo hace, como siempre lo ha hecho Julián, en su apasionada entrega —a la escritura, a la docencia, a la amistad, a la afirmación de una vida plena,— en la pregunta y en la obra:

“¿De qué cenizas estará hecho el mañana?”

Por ello, junto con un pensador que le es afín a Julián, diría que sus libros desde *El arca de pandora* (mi preferido) hasta ese maravilloso *Constantinopla, la isla del mediodía*, así como su trabajo como profesor y su “filosofía personal” giran en torno a tres ejes que estructuran y cohesionan sus objetos de experiencia en el todo de su obra —que al igual que el universo, *crece*—, son portadores las partículas elementales de la herencia:

176

amor, poesía y sabiduría

*

Catalina de Médicis, como cualquier mortal, sucumbió, a pesar de su reputación de bruja y a la intensa relación que mantuvo con las artes y con la ciencias... que le llevó incluso a ser la protectora de Nostradamus. Se dice que anticipó el momento de su final al escuchar aquel “nombre”. No nos importa aquí la obviedad de su finitud (que al final es la nuestra, la de todo lo “vivo”, incuidas las estrellas), sino que en el último instante, parece que encendió la luz y nos legó ese observatorio de lo que está arriba y de lo que está abajo, que hoy parece olvidado, pero que a pesar nuestro, hemos heredado como anhelo del *mirar* y de *eternidad*.